

evocadores franceses é italianos que vivían á sus costas conseguían á veces ver al diablo, pero nunca que esto sucedía estaba allí Gilles.

La excitación nerviosa producida por estas prácticas, las sugerencias de los sacerdotes sacrilegos y sombríos Antinoos que le rodeaban, el fuego de la lujuria y de crueldad que le consumía y, finalmente, sus hábitos de borrachera le impulsaron al crimen, pudiendo durante ocho años, desde 1432 á 1440, en lo más fuerte de la anarquía general, satisfacer impunemente sus pasiones. Varios reclutadores de ambos sexos le llevaban jóvenes mendigos, pastorcitos, aprendices, hijos é hijas de aldeanos ó de mercaderes foráneos, arrebatados en las granjas ó hallados en los caminos, en las comarcas de Rais, de Anjou y hasta de Chinón y de Rennes. De este modo fueron introducidos ciento cuarenta niños y niñas, por lo menos, en los castillos de Tiffanges, Machecoul, Suze, Champtocé y hasta en las casas que sólo de paso visitaba Gilles: conducidos á la alcoba del señor de Rais, las infelices criaturas eran colgadas, degolladas, muertas á palos y cortadas en pedazos en medio de inmundos excesos. Ni en el paroxismo de su bestialidad perdía aquel monstruo el sentimiento del arte, y cogiendo las cabezas de los niños decapitados expresaba su admiración por las más bellas. Conservaba asimismo su fe y compartía su devoción entre Dios y el diablo; cuando fundó en Machecoul una misa «en memoria de los Santos Inocentes para el bien, la salud y la salvación de su alma» había dado ya muerte á un gran número de niños y de adolescentes. El día de Pascua comulgaba con humildad en medio de los pobres, y más tarde, cuando sus jueces le dijeron que era hereje, quedóse sorprendido. Viendo que el diablo no acudía á sus llamamientos, manifestó un día la opinión de que Dios quería salvarle á pesar suyo, y varias veces pensó en la peregrinación á Jerusalén para obtener el perdón de todos sus pecados. Esta persistencia del sentimiento religioso, informe y grosero, pero imposible de desarraigarse, se encuentra en todos los bandidos que en aquel entonces devastaban la Francia. El caso de Gilles de Rais merece ser estudiado sólo porque no es excepcional y aclara uno de los aspectos de la Edad media en sus postrimerías, con su misticismo violento, su encarnizado anhelo hacia lo sobrenatural, su refinado gusto artístico, su sed de voluptuosidad y de oro y su desprecio del sufrimiento humano.

En la época de los desolladores, la impunidad era la regla general para los malhechores de la clase alta de la sociedad. A pesar de las precauciones que Gilles adoptaba para ocultar sus crímenes, el rumor popular le acusaba. El duque de Bretaña Juan V habría tenido cien ocasiones para mandarle prender, pero se callaba; aquel magnate no valía más que la mayoría de sus contemporáneos, y en el asunto que nos ocupa desempeñó un papel muy bajo, puesto que se aprovechó de la ruina de su vasallo para adquirir sus tierras á bajo precio. Y aun parece que asistió á algunas evocaciones diabólicas que Gilles practicó «para complacerle.»

Gilles de Rais se perdió atacando las inmunidades eclesiásticas. En cierta ocasión violó el derecho de asilo de una iglesia para apoderarse de un clérigo (1), y como

(1) Era el hermano de un tal Geoffroy le Ferrón, con quien sostenía contiendas Gilles de Rais.

aquello constituía un doble sacrilegio, Juan de Males-troit, obispo de Nantes, quiso hacerse cargo del asunto. Sabía el prelado cuáles sospechas pesaban sobre Gilles, y una rápida información bastó para convencerle; desde aquel momento el proceso se instruyó ante las dos jurisdicciones: el obispo y el viceinquisidor hubieron de conocer de los crímenes cometidos por Gilles contra la Iglesia, contra la fe y contra las costumbres, y el duque de Bretaña, que ya no podía retroceder, dejó que el senescal de Rennes juzgara al señor de Rais como asesino.

Gilles de Rais, que en un principio se mostró muy arrogante, vióse muy pronto agobiado por la multiplicidad y concordancia de los testimonios. Padres desolados que «daban alaridos» de dolor, cómplices que describían minuciosamente los horribles crímenes y los llamamientos al diablo, todos decían evidentemente la verdad. El día en que le amenazaron con aplicarle la tortura, Gilles confesó y se dió al arrepentimiento con el mismo frenesí que había mostrado en sus orgías y en sus asesinatos; hizo pública confesión de sus delitos y suplicó á los asistentes que «educaran á sus hijos en la buena doctrina y en la virtud,» y terminó pidiendo humildemente á los padres de sus víctimas que le perdonaran. Por otra parte, nada hizo para evitar el último suplicio, pensando sin duda que la hoguera había de acabar de purificarle. Es evidente que sus remordimientos eran sinceros y que esperaba su salvación; al abrazar por última vez á Francisco Prelati, uno de sus cómplices, le dijo: «¡Adiós, Francisco, amigo mío! Ya no volveremos á vernos en este mundo; pero estad seguro que si tenéis buena paciencia y esperanza en Dios, hemos de vernos de nuevo en la gran alegría del Paraíso.» Gilles fué ejecutado en 26 de octubre de 1440 en la pradera del Biesse, junto á Nantes; durante la ejecución una muchedumbre inmensa cantaba salmos y rezaba por el pecador arrepentido. En este drama vemos reflejada toda la trágica Edad media, con sus ignominias y sus grandiosos arranques de fe y de misericordia (2).

Los procuradores generales del tiempo de Carlos VII demostraron una prudencia y una moderación bastante notables en el examen de las acusaciones de hechicería: no es que las rechazaran sin más ni más como absurdas, puesto que uno de los favoritos del rey, Guillermo Gouffier, y un italiano, Otto Castellani, que había reemplazado á Jacobo Cœur como platero, fueron condenados el uno á destierro y el otro á prisión por haber empleado sortilegios que debían afirmar su crédito en la corte; pero sí que se esforzaron en proteger á los inocentes contra el fanatismo eclesiástico y popular. En

(2) Gilles había tenido muchos cómplices, de los que sólo dos fueron quemados; otros huyeron ó alcanzaron el indulto. Francisco Prelati fué condenado á prisión perpetua: era un joven sacerdote italiano, delicado humanista, alquimista reputado y redomado bribón. Consiguió evadirse, y con el nombre de Francisco de Montcaín se conquistó el favor de Renato de Anjou, que buscaba la transmutación de los metales y á quien el italiano engañó con infantiles juegos de manos, obteniendo en cambio la capitana de la Roche-sur-Yon. Pero el embaucador cometió la imprudencia de apoderarse de un tesoro de Francia y ponerlo á rescate; entonces el Gran Consejo avocó la causa, y Francisco, condenado á muerte por sus fechorías antiguas y recientes, fué ejecutado en 1446. Próximamente publicaremos un estudio sobre Francisco Prelati, basado en documentos inéditos.

1453 una epidemia diezaba la población de Marmande, y habiendo corrido la voz de que una mujer de la ciudad, Juana Canay, estaba en tratos con el demonio, los habitantes detuvieron durante la noche á una docena de mujeres sobre las cuales recaían vagas sospechas. Obedeciendo á los amotinados, los dos cónsules y el baile aplicaron el tormento á aquellas desdichadas y las hicieron morir en la hoguera; pero el senescal de Agen mandó comparecer ante él á los cónsules y les confiscó los bienes (1).

El día 1.º de noviembre de 1459 fué encerrada en la cárcel episcopal de Arrás una mujer pública llamada Deniselle, denunciada como «valdense» (2) por un brujo artesiano que algún tiempo antes había sido ejecutado en Langres. Deniselle fué quemada el 9 de mayo de 1460 con otras seis personas, siendo aquella ejecución la señal de una vasta persecución realizada con encarnizamiento por el deán de Nuestra Señora de Arrás, por el obispo *in partibus* de Beyrouth y por el inquisidor Pedro le Broussart. El obispo de Arrás, Juan Jouffroy, ausente de su diócesis, les dejó hacer, y el conde de Etampes, lugarteniente de Felipe el Bueno, autorizó las diligencias judiciales. Los jueces se contentaban con el testimonio de una ó dos personas para encarcelar, dar tormento y enviar á la hoguera. Huguet Aubry permaneció once meses en un calabozo y sufrió la tortura quince veces, protestando siempre de su inocencia; á pesar de ello fué condenado á veinte años de prisión, diciendo sus jueces que el diablo le había dado fuerzas para no confesar nada. Muchos cronistas contemporáneos acusan formalmente á los autores de aquella persecución de haber querido deshacerse de sus enemigos ó de los ricos cuyos bienes codiciaban. «A ello tendían vivamente algunos de los que entonces formaban parte del consejo del citado conde de Estampes,» dice Mateo de Escouchy. El deán de Arrás y el obispo de Beyrouth obraron más bien impulsados por su fanatismo; el primero afirmaba que la «tercera parte de la cristiandad y más» era valdense y que él sabía cosas que hacían temblar; el segundo estaba dotado de «tal imaginación,» que le bastaba mirar á cualquiera para saber si era valdense. Por último, el señor de Beaufort, que tenía muchos enemigos, fué denunciado y reducido á prisión; pero habiendo su hijo acudido á Carlos VII, el rey quiso juzgar por sí mismo aquel asunto. Los acusados, todavía vivos, fueron sacados de la cárcel episcopal, y el Parlamento de París los absolvió y los puso en libertad.

Por orden de Carlos VII el arzobispo de Reims, el obispo de París y Juan Brehal, superior de los dominicos, fueron á Artois: eran los mismos que poco antes habían decretado la rehabilitación de Juana de Arco, condenada como hechicera en méritos del procedimiento inquisitorial. Aquellos dignatarios eclesiásticos suspendieron las diligencias incoadas. En el Parlamento se intentaron acciones civiles contra los jueces

(1) *Extraits du Trésor des Chartes*, publicados en la «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 2.ª serie, tomo V.

(2) Es decir, como hechicera. Según M. Hansen, los hechiceros fueron considerados en el siglo xv como una secta herética particular derivada de los antiguos valdenses. Véase Bourquelot, *Les Vaudois du XV<sup>e</sup> siècle*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 2.ª serie, tomo III.

de Arrás, y una sentencia, que no se dictó hasta 1491, rehabilitó á todas las víctimas, restituyó á sus herederos los bienes confiscados y ordenó la erección de una cruz expiatoria.

El Parlamento había obrado con tanto más vigor cuanto que pretendía arrebatar á la Iglesia el conocimiento de los casos de herejía, y gracias á él el papel de la Inquisición en Francia quedó reducido entonces á nada.

El rigor de la represión, á partir del siglo xv, dependió ante todo de las disposiciones del poder real, el



Interrogatorio en el tormento. Miniatura de la traducción del Valerio Máximo. (Biblioteca municipal de Breslau.)

cual se mostró en lo sucesivo relativamente humano y clemente con los hechiceros hasta el reinado de Francisco I.

En el siglo xv el fanatismo popular no tenía voto preponderante, y eran muchos los que se negaban á creer en los conventículos, en los repugnantes excesos y en los supuestos crímenes de las hechiceras, á las que consideraban simplemente como endemoniadas enloquecidas por el diablo, á quienes convenía cuidar, no castigar. Según el poeta Martín Lefranc, el diablo no se ocupa de las hechiceras más que para perturbar los cerebros:

«No hay bastón alguno sobre el cual pueda volar nadie; pero cuando el diablo les aturde la cabeza, creen ellas que vuelan.»

Según Sprénger, había escépticos que hasta negaban toda intervención del demonio: «Algunos, dice, se han esforzado en sentar que la hechicería no existe más que en la mente de gentes que á la hechicería imputan fenómenos naturales cuya esencia nos es desconocida.» Y se toma gran trabajo para confundir á sus contradictores y demostrar que «sostener la realidad de la hechicería es una proposición tan católica, que afirmar obstinadamente lo contrario constituye una herejía.» Esto no es todavía más que una amenaza; los católicos dotados de buen sentido tienen aún en el siglo xv el derecho de hablar; pero queda abierta ya la era de las hogueras.



## III.—La piedad y los misterios (1)

Los corazones que se habían mantenido piadosos y puros, afligidos por los males que abrumaban á la religión, buscaban consuelo en la devoción y en las buenas obras; tal hizo la bienaventurada Felipa de Chantemilán, que cedió su herencia á los pobres y se consagró á la devoción y al cuidado de los enfermos. También en el clero había hombres de acción: los unos, administradores expertos y grandes arquitectos, reconstruían las arruinadas iglesias de Francia; los otros trabajaban en la depuración de la fe cristiana y en la corrección de las costumbres. En el número de estos últimos se contaron los reformadores que aparecieron, fuera de los límites del reino, en los Estados del duque de Borgoña, predicadores como Juan Brugmann, teólogos como Dionisio el Cartujo, humanistas cristianos como los «Hermanos de la vida común,» los predicadores ambulantes que proporcionaban las órdenes religiosas, como el franciscano Richard y el carmelita bretón Tomás Conette, que habiendo ido á Italia para hacer oír allí su palabra virulenta, disgustó al papa por la violencia de sus ataques contra la relajación del clero y de la Santa Sede, y acabó su vida en la hoguera.

Estos predicadores eran lo único viviente y activo que le quedaba al monaquismo. Detestados por el clero popular, al que arrebatában sus ovejas y mil pequeñas ganancias, eran en cambio adorados por el vulgo, y las municipalidades de las poblaciones más pequeñas hacían grandes sacrificios para tener cada día, durante la cuaresma, un sermón pronunciado por alguno de esos predicadores nómadas. ¿Qué predicaban éstos? Algunos, como el hermano Richard, eran iluminados que anunciaban el advenimiento del Anticristo; Tomás Conette era sobre todo un moralista que con sus invectivas atacaba la disolución del clero y el lujo de las mujeres. Aquellos famosos predicadores eran hombres de robustos pulmones y de ardiente palabra, que adquirían sobre la multitud un ascendente extraordinario. En 1429, el hermano Richard predicó en París durante toda una semana cinco ó seis horas seguidas al aire libre, porque ningún templo habría sido bastante grande para contener á sus oyentes.

El «buen fraile» que fué á predicar en Saint-Leonard, en el Lemosín, el día 3 de diciembre de 1437, no tenía la celebridad de un Richard ni de un Conette, y su elocuencia era bastante vulgar; ello no obstante, Gerald Massiot analiza con gran cuidado este sermón en su libro de cuentas: para ir al paraíso es necesario rezar una oración al levantarse, oír la misa hasta el fin sin hablar de negocios con el vecino ni acercarse al sacerdote, observar el descanso dominical, confesar una vez al mes, comulgar por Pascua, hacer limosna y vivir honestamente. «Haciendo todas estas cosas que quedan

(1) FUENTES Y OBRAS DE CONSULTA.—*Vie de Philippe de Chantemilán*, edición U. Chevalier, «Documents historiques inédits sur le Dauphiné,» tomo VIII, 1894. Mougél, *Denys le Chartreux*, 1896. Anatolio France, *Frère Richard*, «Revue de famille,» 1889. Padre Galabert, *Les moeurs chrétiennes au XV<sup>e</sup> siècle*, «Bulletin de la Société archéologique de Tarn et Garonne,» tomo XII, 1884. De Ribbe, *La Société provençale à la fin du moyen âge*, 1898. Petit de Julleville, *Les Mystères*, 1880. Germán Bapst, *Essai sur l'histoire du théâtre*, 1893.

indicadas, dice el referido hermano que entraréis en la gloria del paraíso.»

El éxito inusitado de las predicaciones populares y otros mil indicios nos demuestran que en la Francia del siglo xv fué general y se mantuvo muy viva la fe cristiana, que la perturbación de los espíritus y la corrupción de costumbres habían á veces desfigurado pero, no disminuído. Y ¡cosa singular!, la irreverencia hacia el clero no podía ser más grande: el pueblo aplaudía farsas en las que con el más grosero cinismo se vilipendiaba á los curas y á los monjes, pero nadie atacaba el dogma ni las instituciones eclesiásticas esenciales, y la plebe seguía siendo muy fiel al clero sin dejar de difamarlo. Las mismas ingenuas contradicciones ofrecía el modo cómo el pueblo entendía el culto, y así vemos que estimando la gente que había demasiados días feriados, prescindía tranquilamente de las ceremonias que la Iglesia pretendía imponer á los fieles. Nicolás de Clamanges escribía:

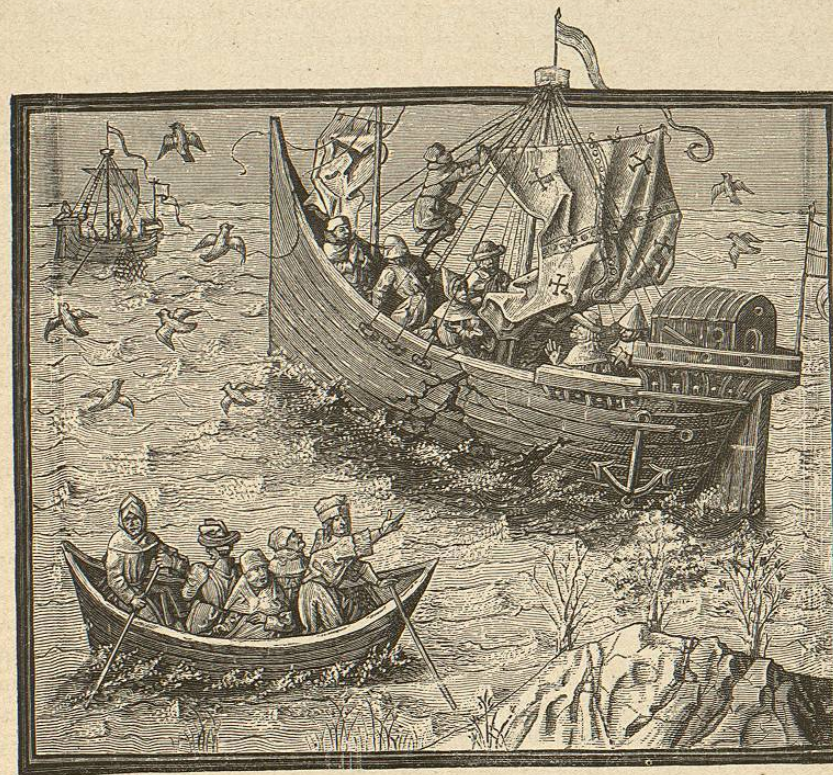
«Cualquiera puede ver con qué devoción trata actualmente el pueblo cristiano los días feriados. Pocos van á la iglesia; muy pocos oyen misa; á menudo sólo se oye una parte de ésta y se sale del templo sin haber obtenido permiso del sacerdote. Muchos, al ir á la iglesia, se contentan con rociarse la frente con agua bendita, ó bien con arrodillarse para saludar á la Virgen, ó con besar la imagen de un santo pintada en la pared. Los que han asistido á la Elevación piensan que Cristo debe estarles por ello muy agradecido y de ello se alaban como de un gran sacrificio.»

En cambio, adquirían cada día mayor importancia las mil prácticas de devoción dedicadas á la Virgen y á los Santos. El dogma de la Inmaculada Concepción, aceptado en el siglo xv por el concilio de Basilea y por casi todos los cristianos, fué en cierto modo impuesto por la voluntad popular, que triunfó de la resistencia de los doctores dominicos. A pesar de las dificultades y de los peligros del camino, los viajes á lejanos sitios de peregrinación célebres eran mucho más frecuentes que hoy en día: el que no podía llegar hasta Tierra Santa atravesaba toda Francia para ir á Mont-Saint-Michel, á Saint-Eutrope de Saintes, ó bien, fuera del reino, á Santiago de Compostela, á la Sainte-Baume de Provenza ó á Saint-Claude del Franco Condado. Multitudes inmensas se empujaban y se estrujaban para adorar las reliquias famosas. El italiano Antonio Astesán, al describir las grandes ciudades de nuestro país, se extasiaba ante el gran número de reliquias que poseían, y el autor del *Debat des herauts d'armes* estimaba que esta era una de las causas de la grandeza de Francia.

Todos los testamentos de aquella época que hasta nosotros han llegado demuestran cuán profundo era el sentimiento religioso. A pesar de los sufrimientos extremados de aquellos tiempos tan calamitosos, los suicidios eran hechos rarísimos, señalados con todos sus detalles por los cronistas. El miedo al infierno no redundaba, sin embargo, en gran provecho de la moral y la sometía á extrañas deformaciones. La siguiente anécdota, evidentemente auténtica, que ha relatado ingeniosamente el autor de las *Cent Nouvelles nouvelles*, es en extremo característica de la mentalidad popular: un aldeano borracho encuentra en un camino á un sacerdote, le obliga á recibir su confesión y le hace luego la siguiente

pregunta: «El que muere después de haber recibido la absolución, ¿va directamente al paraíso?—Sí, directamente,» responde el sacerdote. Entonces el borracho le pone un cuchillo en la mano y le manda que le mate. El cura, ante la amenaza de ser á su vez asesinado por el ebrio y fanático si no ejecuta lo que le ordena, finge degollar al aldeano, el cual se duerme soñando que reside entre los bienaventurados. Era necesario entrar en el paraíso por cualquier medio, y todo el mundo se imaginaba la otra vida tal como la concebía Villon en la oración de su madre á Nuestra Señora:

truoso, «hecho á manera de grandes fauces que se cierran y se abren, según sea necesario,» para dar paso á los diablos. De cuando en cuando salía de aquel antro un estrépito espantoso, que se producía golpeando címbalos, haciendo rodar toneles llenos de piedras y disparando cañonazos: aquello era el Infierno (1). Ante aquel decorado que simbolizaba la vida y los dos fines que el hombre puede escoger, desarrollábanse dramas inmensos. El *Misterio de la Pasión*, de Arnoul Greban, comprende treinta y cinco mil versos y presenta en escena doscientos veinticuatro personajes, sin contar los figu-



Barco y lancha conduciendo peregrinos de Palestina. Miniatura de la obra *Miracles de Notre Dame*, de Juan Mielot. (Biblioteca de la Universidad de Oxford.)

«En la iglesia de donde soy parroquiana veo pintado el paraíso, en donde hay arpas y luz, y un infierno, en donde son hervidos los condenados. El uno me da miedo, el otro alegría y regocijo. Haz que tenga la alegría, soberana Diosa á la que todos los pecadores han de recurrir.»

La misma imagen del mundo ofrecían, bajo una forma material ingenua y lujosa, las grandes representaciones teatrales de la época, «los misterios.» Levantada á muchos pies encima de la escena, aparecía hacia el lado de Oriente una decoración magnífica, en la cual se habían prodigado los colores brillantes, el oro y el terciopelo y en donde cantaban algunos ángeles acompañándose con el arpa: era el Paraíso. Toda la parte central del escenario, en extremo vasto, estaba ocupada por una serie de decoraciones pequeñas adonde se trasladaban los actores según las exigencias del drama. Así, en el *Misterio de la Encarnación y Natividad de Nuestro Salvador*, después del Paraíso elevábanse sucesivamente, de Este á Oeste, «la casa de los padres de Nuestra Señora, su oratorio, la casa de Isabel, la vivienda de Simeón, el templo de Salomón,» etc., hasta veinticuatro decoraciones; la última, al Oeste, era un orificio mons-

trantes; en él se desarrollan todos los principales episodios del Nuevo Testamento, desde la Anunciación hasta la Resurrección. La representación de este misterio duraba cuatro días.

Estos espectáculos eran alegrados por intermedios bufonescos, á menudo muy indecentes. Sin embargo, el fin que los misterios se proponían era verdaderamente piadoso; se les consideraba como medios de edificación y la Iglesia prestaba su activo concurso á las municipalidades, á las corporaciones, á las asociaciones de actores aficionados que tomaban la iniciativa de tales representaciones, cambiando, para facilitarlas, la hora de los oficios, haciendo enmudecer las campanas y prestando sus capas y sus casullas. Finalmente, entre los actores

(1) La disposición escénica variaba mucho según los sitios de que se disponía. M. G. Bapst ha sido el primero en llamar la atención sobre una miniatura de Fouquet, *El martirio de Santa Apolina* (Colección de Chantilly), que reproduce indudablemente una escena de misterio: en ella el teatro está dispuesto en forma de circo. El paraíso y el palacio de Decio son simplemente palcos tomados de la sala; Dios Padre y los ángeles están sentados en medio de los espectadores. El emperador Decio ha descendido de su palco por una escalera y ha ido á contemplar de cerca el martirio de la santa.